



¡Hola amiguito! Interpreta esta pequeña historia y aprenderás juntos con nosotros lo importante que es vivir en familia.

Una historia para compartir N° 1

Mi familia debe parecerse a muchas otras. No lo sé. Pero uno siempre piensa que lo que sucede en su casa no ocurre en la de los demás.

A veces, mi mamá es renegona. Sobre todo cuando no le alcanza el tiempo para acabar sus tareas. Mi papá trabaja mucho y llega tarde a casa. A veces, casi no lo veo. Pero los sábados y domingos procura estar con nosotros. Esos días, mi mamá acepta cocinar lo que más nos gusta y, si hay plata, vamos al cine o visitamos a otros amigos.

Vivir en familia no siempre es fácil. Mis hermanos también saben dar problemas. Andrés, el mayor, se cree con derecho a todo. A veces, no quiere obedecer y es un poco egoísta. Yo soy el del medio. Mi papá sabe decir "Este es rebelde porque es el hijo sándwich". Como no soy mayor ni menor, pienso que a mí no me han engraido. Pero mamá y papá dicen que eso no es verdad. Que a todos nos quieren por igual. Debe ser verdad, pero a veces no se nota. ¡Qué difícil será ser buenos padres! Aún con todo, no los cambiaría por otros. Mi hermanito menor es un latoso. Todo el tiempo nos imita, pero nos hace reír mucho. Mamá dice que hay que tener paciencia. Pero aburre que todos se fijen sólo en él.

¡Ay! Me hubiera gustado ser hijo único. ¡Que fácil hubiera sido todo! Pero, habría resultado un poco aburrido, ¿verdad?.



COMPARTIENDO EXPERIENCIAS:

1. Conversa acerca de lo difícil que es vivir en armonía dentro de la familia y cuáles son las razones más frecuentes para que ésta se rompa.
2. Plantear sus opiniones poniéndose en las siguientes situaciones:
 - Si yo fuera papá.
 - Si yo fuera mamá.



CUANDO LOS PADRES SE SEPARAN.**Algunas vivencias para reflexionar:**

"Sí, mis padres se separaron. Antes yo sentía pena y amargura. Pero ahora es menos, porque si ellos estuvieran juntos no serían felices. Ellos discutían mucho y no se llevaban bien. Mi papá hace años que se ha casado, pero siempre conversamos sobre mi mamá. Ahora tengo otra mamá. Se llama Ruth. Ella me ha criado desde chico y es buena conmigo".
(Alberto, 13 años)

"A mí no me querían avisar que mis papas estaban separados. Yo veía que mi papá no venía a dormir y pensaba que estaba de viaje. Hasta que unos vecinos me contaron. Fue horrible que mis papis no me lo hubiesen dicho antes. Ellos creían que mentirme era mejor, pero fue peor. Hasta ahora siento vergüenza y cólera".
(Javier, 11 años)

"Yo no me siento tan mal porque mis padres se hayan separado, o mejor dicho, prefiero que se separen a que discutan mucho entre ellos. Ellos se separaron hace más o menos 6 años, antes conversábamos más de esto. Ahora, sólo a veces".
(Raúl, 12 años).

Completamos las oraciones:

1. Mi mamá (no) **es renegona, pero...**
2. Mi papá **procura siempre estar con nosotros, pero...**
3. Mis hermanos **dan problemas, pero...**
4. (No) soy hijo único, **pero...**
5. Mi papá (no) **ayuda a mi mamá, pero...**

Historia para compartir. Nº 2

Nosotros escogimos a nuestra hermana: Jesusa. Me llamo Elena. Tengo 12 años y estoy en el sexto grado. Aquí quiero contarles una historia de verdad, cómo se quedó Jesusa en mi casa y cómo se convirtió en nuestra hermana.

Jesusa vino a casa cuando apenas tenía cinco años. Era chiquita y gordita. No entendía castellano, hablaba quechua solamente. Mi hermano David y yo tampoco entendíamos cuando decía: "tantata munani" (quiero pan). Únicamente mi mamá podía hablar con ella porque sabe también quechua y, además, conoce a la familia de Jesusa que es de Chuschi. Chuschi está en el departamento de Ayacucho.

Al comienzo David no quería a Jesusa. No quería jugar con ella. Creo que él tenía miedo de que nuestros padres tuvieran preferencia por ella porque era nueva en la casa. David tenía también cinco años. Jesusa quería ser amiga de mi hermano y le ofrecía caramelos: "miskita munankichu" (¿quieres caramelo?). El sólo le contestaba: "Déjame", y dándole la espalda se iba al patio para jugar con sus bolitas.



En el jardín tampoco fue fácil para Jesusa. Una vez mi mamá y yo fuimos a recogerla. Entonces vimos cómo ella casi llorando decía a los niños: "¿Imamantantataq maqawankichik?, ñuqaqa qamkunawan pukllayllata munani" (¿Por qué me pegan?, yo solamente quiero jugar con ustedes). Uno de los niños empezó luego a decir:

"No juguemos con Jesusa, no sabe jugar". Y es que ella no entendía las reglas del juego y malograba todo.

La profesora del jardín tranquilizó a mi mamá cuando le dijo: "No se preocupe porque Jesusa sabe defenderse. Yo cuido que los niños no abusen. Además, yo sé un poco de quechua y puedo hablar con ella. Por otro lado, ella está aprendiendo ya castellano. A los niños les estoy enseñando palabras en quechua que son muy importantes para Jesusa; por ejemplo: wasi (casa), mikuy (comer), miski (rico)

Jesusa era feliz en el jardín a pesar de las dificultades. Pero, en casa a veces estaba muy triste. Todo por culpa de David. Entonces Jesusa me buscaba. Si yo estaba haciendo mis tareas, ella se sentaba a mi lado y empezaba a dibujar, pues le fascinaban los colores. Siempre hacía una casa, una mujer, cerros animales y plantas. Ella explicaba luego: kaymi wasiy (Esta es mi casa), paytaqmamay (Ella es mi mamá); kaykunaqa urqun (Estos son cerros), saray (maíz), papakuna (papa), wallpakuna (gallinas).

Un día mi papá estaba leyendo el periódico. Jesusa se le acercó y preguntó señalando una palabra: "Imataq kay", (¿Qué es esto?). Mi papá no podía explicarle bien porque el no sabe quechua pero sí le enseñó cómo se pronuncian las letras: "A G U A; L A G O". Jesusa no comprendía, pero buscaba en una hoja de periódico una determinada letra que había aprendido, la pintaba de un color y lo mostraba a mi papá. Pronto tuvimos periódicos pintados de todo color. Una letra determinada era un color. Luego, después de unos días o semanas, mi papá le enseñó a combinar las letras. Así, jugando, jugando, Jesusa estaba aprendiendo a reconocer letras y combinaciones de letras pero no sabía su significado. Ya habían pasado cinco meses desde que había llegado a la casa.

Creo que ella tenía un plan que a nadie dijo. Cada día que regresaba del jardín tenía sus mejillas sonrosadas y se la veía feliz. Parecía que no le importaba que David no jugara con ella. Un día, mamá y yo fuimos a recogerla antes de la hora. Y vimos algo asombroso. Jesusa tenía un libro y leía en voz alta a los otros niños. Ella todavía sabía muy poco castellano pero podía combinar las letras, podía leer las combinaciones pero no sabía lo que significaban. Los otros niños sabían hablar castellano pero no leerlo. La maestra nos contó que los niños pedían que les leyera cuentos. Jesusa lo hacía de buena gana, pero a cambio de jugar con ellos en el recreo.

Cuando llegamos a casa mi mamá contó lo que había observado; David dijo solamente "No lo creo". Entonces Jesusa corrió a su cuarto y regresó después de unos momentos con un libro en la mano, se sentó y empezó a leer, aún muy despacio: "Había una vez tres chanchitos...". La cara de David estaba roja como un tomate. Jesusa seguía leyendo: "...que vivían con su mamá..." David seguía rojo, no sabía qué hacer. Pero él no es tonto. Lentamente se acercó a ella y le dijo: "Yo tengo en mi cuarto un cuento más bonito que ése. Si me lees jugamos después con mis bolitas". Jesusa aceptó inmediatamente.

Así fue pasando el tiempo. Jesusa poco a poco aprendió el castellano. Pero con mi mamá seguía hablando en quechua. Ella estaba feliz porque David la buscaba para jugar. Claro que a veces peleaban duros y fuertes. Había días que ella no quería jugar con él sino con otros niños. Esto molestaba mucho a mi hermano.

Cuando Jesusa entró a la escuela era la única niña que sabía leer en su clase. Los otros niños sabían apreciar esto y la reclamaban para que les leyera cuentos. En la hora de dibujo ella seguía pintando su casa en Chuschi pero también otras cosas como: la escuela, nuestra casa, calles y carros. Un día Jesusa nos sorprendió al decirnos: "La maestra me ha preguntado sobre los nombres de mis hermanos". "Y ¿qué has contestado?", preguntó mi mamá. Ella contestó: "Le dije que mi hermano se llama David y mi hermana Elena".

Creo que desde ese día Jesusa se convirtió realmente en nuestra hermana.

(Teresa Valiente)

Una historia para compartir. Nº 3**Nuestros primos, una historia familiar:**

¿Cuántos primos tienes? - me preguntó sorprendida una amiga cuando le dije que me iba a ser imposible ir a su fiesta de cumpleaños porque mi familia tenía que ir al matrimonio de mi prima Teresa.

Ese año se habían casado dos de mis primas mayores, pero aún habían muchas solteras, y también primos solteros.

En verdad, yo nunca los había contado. Pero calculé rápidamente el total e incluyendo a los primos políticos, todos pasaban de treinta. Algunas de mis mejores amigas se encontraban entre las primas.

Los primos nos reuníamos en nuestras fiestas familiares y también en los funerales. Muchos tenían más o menos mi misma edad, pero otros eran ya adultos, También tengo primos pequeñitos que todavía no van a la escuela. Durante el verano, siempre venían los primos que vivían en otras provincias a pasar vacaciones en nuestra casa; otros a postular a la universidad. Mi padre siempre ha dicho "Nos puede faltar plata, pero a ustedes nunca les faltará primos". Y creo que es verdad.

Nuestros padres provienen de familias grandes, y de ahí es que somos tantos primos. Somos algo parecido a un clan, Un clan es una especie de sociedad en pequeño en la que todos sus miembros creen que descienden de un antepasado común, generalmente legendario o mitológico.

En nuestra familia, el sentido de clan fue favorecido por la tendencia de los tíos y tías a poner los mismos nombres o nombres similares a sus hijos. En la familia hay tres Franciscos, dos Lucías, dos Carmen Rosas, dos Rosas y dos Alfredo. Son los nombres de los abuelos o personajes que forman parte de la historia familiar.

La herencia produce sorprendentes semejanzas. Yo me parezco a mi prima Lucía más que a mi hermana Carmen. Resulta increíble compartir no sólo antepasados comunes sino rasgos físicos y ¡hasta una misma forma de hablar! Aún hoy, personas que reconocen a mis primas las Rosas comentan espontáneamente: "¡Todas ustedes hablan igual!".

De niñas, Lucía y yo subrayábamos esta similitud poniéndonos ropas idénticas. Nos encantaba que nos preguntaran si éramos hermanas, o mejor aún, gemelas. Los fines de semana compartíamos la misma habitación. No hubo entre nosotras nada del resentimiento que con frecuencia existe muchas veces entre las verdaderas hermanas.

Dicen los psicólogos expertos en problemas familiares: "De todos los lazos de consanguinidad, la relación entre los primos suele ser la menos difícil, la que más apoyo da. Hay suficiente distancia psicológica y emocional para que los primos no compitan entre sí, ni surjan antagonismos entre ellos, y sin embargo, indudablemente, son de la familia, comparten una herencia común. Esto forma una feliz mezcla de intimidad y lejanía.

Y creo que es una verdad muy sencilla de comprender.

Los amigos pueden alejarse, pero el nexo familiar casi obliga a los primos a mantenerse en contacto.

Mi madre dice que hay primos a los que ella ha dejado de ver durante muchos años. Uno de ellos es su primo Carlos. "Hoy nos vemos menos, pero yo aún siento que existe un vínculo con él. Un amigo puede dejar de ser un amigo, pero no es posible dejar de ser un primo".

